

de sus cambios de tono, de sus actitudes de reptil. *I repentino* Vislumbrar en él algún rasgo de nobleza.

- Necesito tu presencia, no sé por qué, no ^{lo} entiendo yo misma ^{Entonces,} por qué. Seamos solo amigos, ya que no quieres darme más. Solo amigos. Me contento con eso. No quiero caricias.

- Estas temblando entera...

- De emoción. Tu no ^{entendés} comprendes, claro, que se pueda temblar de emoción.

Isabel se encoge de hombros, compadecida de sí misma.

fi. De emoción. solamente de emoción
- No lograremos entendernos. Me voy. Dame un beso de adios.

Raul! El se inclina y ^{placientemente} roza las sienes de ella con sus labios. Isabel, involuntariamente, murmura: " ¡Es delicioso juntar las manos, es delicioso juntar los pies! " ^{De pronto} Entonces, la actitud de él cambia de súbito: con gestos bruscos, con máscara bestial y pupilas dementes, la empuja brutalmente hacia el lecho. Ella se siente enrojecer y detiene los brazos que la apremian. Pero él presiona, más, más, con ademanes y miradas de poseído. Una especie de niebla envuelve la mente de Isabel que actúa maquinalmente, como si estuviera sonámbula.

Cae al suelo el vestido de crujiente seda, las perlas se deslizan del cuello. ¡Saber, saber, al fin! Su corazón se agita ^{como} cual pájaro azorado y no comprende por qué está de pronto tendida en el lecho, entre los brazos de Raul.

Pero él, enlazado a ella, no vé sino una boca muda que interroga, unos ojos asombrados que lo miran. Su ser se diluye, su imagen se dispersa y lo invade la sensación de un aniquilamiento absoluto de su ^{ser.} "yo." Entonces siente que odia a Isabel. Sus brazos se desciñen y el rito amoroso se consuma, vulgar hasta el rencor.

- Ni una palabra más, Isabel. No vuelvas nunca aquí. Te he dicho que no deseo verte.

Ella escucha sin oír las frases humillantes. Por lo demás, viniendo de Narciso, ninguna humillación alcanza a serlo. Despierta lentamente de un sueño largo, demasiado largo. Ha vivido una tremenda equivocación y el hombre que amara hasta el total olvido de sí misma, no ha existido sino en su fantasía. ¿Quién es este manequí que la tuvo enlazada y que ahora pronuncia palabras indelicadas e inútiles? Un desconocido, un extraño, que ella enfrenta por primera vez. ¿Y qué hace ella en este cuarto? ¿Cómo llegó a este lecho?

Una ola de desprecio, una furiosa reacción, anulan dentro de ella todo otro sentimiento. ¡Aire, necesita aire puro para lavar la atmósfera equívoca y morbosa en que creció este amor!

Sin pronunciar una palabra cúbrese de sus ropas, alisa sus cabellos y abandona la pieza, erguida y grave sobre sus taconcitos altos. Su cuerpo no tiembla, no: una sensación de asco ha barrido de golpe y para siempre su pasión. Durante un segundo, Raul oye, del otro lado de la puerta, el rítmico golpe de los tacos de Isabel que se aleja. Después, todo vuelve a su calma. Entonces, un suspiro de contento se escapa de sus labios: ¡Se ha recuperado, una vez más! ¡de nuevo puede amarse sobre todas las cosas!

Sonriente se aproxima al gran espejo de su cuarto y se mira. Pero su beatitud se transforma en horror: un cúmulo de pequeñas arrugas circundan sus ojos, ^{crucan su frente, sus orejillas y} marchitándolo; y en su rostro aparecen los signos innobles de la decrepitud, de la próxima descomposición que aflora desde adentro.

Es el derrumbe a corto plazo. Es el vacío dentro del vacío.

No se siente capaz de resistir la visión de esa caricatura de su imagen. Coge un pesado búcaro de plata y rabiosamente lo lanza contra la luna del espejo. ¡Triic! ¡Triiic! El estrépito del espejo